

The book cover features a vibrant purple background with a repeating pattern of stylized flowers and leaves in shades of blue, brown, and yellow. A central yellow rectangular box with a red border contains the title and author's name.

HIJOS

PEARL S. BUCK

Esta novela, que es la continuación de *La buena tierra*, prosigue su argumento en *Un hogar dividido*, que completa la trilogía en que Pearl S. Buck nos presenta la historia de la familia de Wang, el campesino. El conjunto de estas tres novelas integra una de las creaciones literarias más considerables de nuestros días. No es solamente la historia de Wang y de sus hijos, sino la historia contemporánea de un inmenso y misterioso país, y de la vida de un grupo humano cuyos perfiles mantienen la fuerza que le prestó una civilización milenaria y llena de interés para los occidentales. El misterio de la China, por tanto tiempo sin descifrar, comienza a ser reflejado ante la mirada del Occidente por la creación de esta eximia novelista norteamericana.

Desde los días cercanos en que la novela titulada *La Buena Tierra* fue agraciada con el premio Pulitzer, traducida a varios idiomas y llevada a la pantalla en una excelente versión cinematográfica, el nombre de Pearl S. Buck quedó consagrado entre las primeras figuras de las letras contemporáneas. Más tarde, la concesión del Premio Nóbel de Literatura afianzó decisivamente aquella consagración.

Hoy ofrecemos a nuestros lectores la obra de esta admirable novelista, *Hijos*, que es una visión de la misteriosa tierra oriental, un cuadro de vida y de contrastes apasionados, sacado con vivacidad extraordinaria, y ofrecido con fuertes rasgos humanos, de las inmensas y doloridas extensiones de la China inmemorial, sometida hoy a inquietudes dolorosas y profundas. Pearl S. Buck presenta en esta obra, realizada con la perfección de una madurez literaria, ambientes, personajes y sucesos que ella conoce a maravilla, dado a que esta escritora norteamericana pasó su niñez y juventud en la China, saliendo de ella sólo por breves temporadas.

I

WANG Lung yacía moribundo. Yacía moribundo en su pequeña, oscura, vieja casa de barro, en medio de sus tierras, en el cuarto donde durmió cuando era un mancebo, sobre el mismo lecho en que transcurriera su noche de bodas. La habitación era inferior en categoría a cualquiera de las cocinas de la gran casa de la ciudad, que también le pertenecía y donde ahora vivían sus hijos y sus nietos. Empero, ya que había de morir, Wang Lung estaba contento de morir aquí, en medio de sus tierras, en la vieja casa de sus padres, en este cuarto con su tosca mesa y sus bancos sin pintar, bajo las cortinas de algodón azul del lecho.

Porque Wang Lung sabía que había llegado su hora. Miraba a sus dos hijos y sabía que aguardaban el momento de su muerte. Los hijos habían llamado a buenos médicos de la ciudad, que vinieron con sus agujas y sus hierbas, le examinaron el pulso por largo tiempo y le miraron la lengua; pero, finalmente, recogieron sus medicinas y dijeron, antes de partir:

—Los años le abruman y nadie puede impedir su muerte.

Entonces Wang Lung oyó a sus dos hijos, que habían venido a acompañarle a esta casa de barro, hasta que muriese, murmurando entre ellos. Le creyeron sumido en el sueño, pero él oyó que hablaban, mirándose solemnemente:

—Debemos enviar a alguien al Sur, en busca de su otro hijo, nuestro hermano —dijo el primero.

Y el hijo segundo respondió:

—Sí, y debemos hacerlo al punto, porque, ¿quién sabe dónde andará con ese general a quien sirve?

Y al oír esto, Wang Lung conoció que se preparaban para sus funerales.

* * * *

Junto a su lecho estaba el ataúd que sus hijos le habían comprado y puesto allí para consolarle. Era una gigantesca caja, trabajada de un gran árbol de *palo-hacha*^[1] y llenaba casi por completo el pequeño cuarto, de tal modo que todos los que entraban o salían tenían que dar un rodeo. El ataúd costó casi seiscientas piezas de plata, pero ni siquiera Wang el Segundo había refunfuñado, aun cuando el dinero pasara tan lentamente a través de sus dedos, que rara vez salía de ellos la misma cantidad que recogieron. No, sus hijos no habían regateado la plata, pues Wang Lung estaba orgulosísimo de su hermoso ataúd, y de tiempo en tiempo, cuando se sentía capaz, extendía su débil mano amarilla para tocar la negra y pulida madera. Dentro había una caja, cepillada hasta lograr una suavidad tal, que semejaba raso amarillo, y una encajaba en la otra como el alma de un hombre en su cuerpo. Era un ataúd que daría placer a cualquiera.

A pesar de todo esto, Wang Lung no pasó a la muerte tan fácilmente como su anciano padre. Verdad es que el alma se había dispuesto a huir ya varias veces; pero siempre que ello ocurría, su viejo cuerpo robusto se rebelaba, y Wang Lung, quedaba aterrado ante la violencia de la lucha entre ambos. Siempre tuvo más cuerpo que alma, y en su tiempo fue un mozo fornido y vigoroso, de modo que no podía dejar partir a su cuerpo fácilmente. Así, al sentir que su alma se escapaba, le invadía el temor y emitía gritos inarticulados con voz ronca y entrecortada, como un niño.

Cada vez que esto sucedía, su joven concubina Flor de Peral, quien permanecía día y noche junto a él, le cogía la vieja mano con la suya lozana, y sus dos hijos apresurában-

se a consolarlo describiéndole el funeral que le darían, y repetían una y otra vez todo lo que se proponían hacer. El hijo mayor inclinaba su gran cuerpo, enfundado en raso, hacia el arrugado moribundo y le gritaba al oído:

—Habrá una procesión de más de una milla de largo y estaremos todos ahí llorándote: tus esposas, como es decoroso, bañadas en lágrimas; y tus hijos, y los hijos de tus hijos, ataviados con el blanco cáñamo del dolor; y todos los aldeanos y los inquilinos de tus tierras. ¡Encabezará el desfile el carruaje de tu alma, que encerrará un retrato tuyo que encargamos a un artista; en seguida irá tu espléndido ataúd, dentro del cual descansarás como un emperador, vestido con los nuevos ropajes que te aguardan; y hemos alquilado, además, paños bordados de escarlata y oro para cubrir tu féretro durante su paso por las calles de la ciudad!

Así gritaba, hasta que su rostro se ponía rojo y le faltaba el aliento, pues era muy gordo, y como se enderezara para respirar con más holgura, proseguía el cuento el hijo segundo de Wang Lung. Era éste un hombrecillo amarillento y ladino, que hablaba a través de la nariz y que decía a su padre:

—Vendrán también los sacerdotes, quienes conducirán, con sus cánticos, tu alma al paraíso, y los llorones alquilados y los portadores de las cosas que hemos preparado para que uses cuando te hayas convertido en una sombra. Estos últimos llevarán túnicas de color rojo y amarillo. Han sido erigidas en el gran vestíbulo dos casas de papel y junco: una imita a ésta y la otra a la mansión de la ciudad. Contienen muebles, servidores y esclavos, un carruaje con su caballo y todo cuanto puedas necesitar. Están tan bien hechas, con papel de todos colores, que cuando las hayamos quemado ante tu sepultura y enviado en tu seguimiento, juraría que no habrá mejor sombra que la tuya. ¡Todas estas cosas serán conducidas en la procesión, para que la gente las vea! ¡Oremos para que el día de los funerales sea un hermoso día!

Entonces, el anciano, lleno de regocijo, murmuraba:

—¡Supongo... que toda la ciudad... asistirá!

—¡Por cierto que sí! —gritaba el hijo mayor, haciendo un amplio ademán con su mano, grande, suave y pálida—. ¡A ambos lados de la calle se agolpará la gente, pues funeral como éste no se ha visto desde que la gran casa de Hwang estaba en su apogeo!

—¡Ah! —decía Wang Lung, sintiéndose tan consolado que olvidaba la muerte una vez más, y caía en uno de sus sueños ligeros y repentinos.

Pero esto no podía seguir indefinidamente así, y, cuando apuntaba la aurora del sexto día de la agonía de Wang Lung, todo terminó. Ambos hijos, que no estaban acostumbrados a las privaciones inherentes a esta casa estrecha, donde sólo vivieran en su juventud, fatigados de esta espera y exhaustos, se habían ido a acostar al recinto que su padre hizo construir hacía largo tiempo, en la época en que tomó su primera concubina, Loto. Después de advertir a Flor de Peral que les avisara si, bruscamente, empezaba otra vez la agonía de su padre, se habían marchado al caer la noche. Allí, sobre el lecho que otrora pareciera tan hermoso a Wang Lung y en el cual había amado tan apasionadamente, yacía ahora el hijo mayor, quejándose de su dureza e incomodidad y también de que el cuarto estuviera a oscuras en plena primavera. Pero, una vez acostado, durmió ruidosa y pesadamente, con entrecortada respiración. En cuanto a Wang el Segundo, se tendió en un pequeño lecho de bambú que había junto a una de las paredes y allí durmió con sueño ligero y suave como el de un gato.

Sólo Flor de Peral no cerró los ojos. Permaneció la noche entera silenciosa e inmóvil sobre un pequeño piso de bambú, tan bajo, que su rostro quedaba cerca de la cara del viejo, cuya seca mano estrechaba entre las suyas suaves. Era tan joven como para ser hija de Wang Lung, y, sin embargo, no lo parecía, dada la extraña expresión de paciencia que ostentaba su semblante, y todo cuanto hacía

llevaba el sello de la paciencia más perfecta, cualidad de que la juventud carece. Así, continuaba junto al anciano, que tan bondadoso fuera para con ella, que, de todos cuantos conoció, más se asemejara a un padre. Flor de Peral no lloraba. Hora, tras hora, conservaba la mirada fija en el moribundo rostro, mientras Wang Lung dormía con un sueño tan tranquilo y casi tan profundo como la muerte misma.

Repentinamente, en esa hora en que la noche ostenta toda su negrura y está a punto de nacer la aurora, Wang Lung abrió los ojos, sintiéndose tan débil, que creyó a su alma ya fuera del cuerpo. Desviando un poco la vista, vio allí, sentada, a su Flor de Peral. Sintióse tan débil, que comenzó a invadirle el miedo y dijo, en un murmullo, detenida la respiración y castañeteando los dientes:

—Niña, ¿es esto la muerte?

Ella conoció su terror y dijo tranquilamente, con su voz natural:

—No, no, mi señor. Estás mejor. ¡No te estás muriendo!

—¿Estás... segura? —susurró él, tranquilizado por la naturalidad de la voz de ella y fijando sus ojos vidriosos en el semblante de Flor de Peral.

Ésta, entonces, viendo lo que venía, sintió latir con fuerza su corazón, e inclinándose sobre él, dijo con la misma voz suave habitual:

—¿Te engañé acaso alguna vez, amo mío? Ve por ti mismo cómo tu mano, que tengo entre las mías, está tibia y fuerte. Creo que mejoras por momentos. ¡Estás tan bien, mí señor! Nada tienes que temer..., nada. Estás mejor... Estás mejor...

Y así continuó tranquilizándole, repitiéndole una y otra vez que estaba bien y sin dejar de estrecharle la mano. Él le sonreía, sus ojos cada vez más vagos y fijos, espesándose los labios, haciendo esfuerzos por oír la voz tranquila de la muchacha. Cuando ella vio que llegaban los últimos instantes, se aproximó más aún y, alzando la voz, repitió:

—¡Estás mejor! ¡Estás mejor! ¡No es la muerte, mi señor!
¡No es la muerte!

Así endulzó la agonía del anciano, quien murió concentrando los últimos latidos de su corazón en el sonido de su voz. Pero no murió en paz. No; si bien murió aliviado y consolado, al escaparse el alma, su cuerpo sofocado dio un gran salto, como de ira, y sus brazos y piernas se levantaron con tanta fuerza que su mano huesuda golpeó a Flor de Peral, que estaba inclinada sobre él. La golpeó en pleno rostro con tal violencia, que ella se llevó la mano a la mejilla, murmurando:

—¡El único golpe que me diste, mi señor!

Pero él no dio respuesta alguna. La muchacha, mirándole, vio que yacía de soslayo, y en ese instante Wang Lung dejó escapar su último suspiro y quedó inmóvil. Ella entonces enderezó las piernas del viejo, tocándole suave y delicadamente, y puso en orden los cobertores. Con sus tiernos dedos cerró los ojos que no la veían ya y contempló la sonrisa que apareciera en sus labios cuando ella le dijo que no se moría.

Hecho esto, su deber era llamar a los hijos de Wang Lung. Pero se sentó de nuevo en el taburete. Bien sabía que su deber era llamarles, pero sólo cogió la mano que la golpeara e inclinando la cabeza sobre ella derramó unas pocas lágrimas silenciosas, ahora que se hallaba sola. Era el suyo un corazón extraño, de naturaleza triste, y nunca podía llorar a sus anchas como las demás mujeres, porque las lágrimas no le traían consuelo... Así, pues, no permaneció allí mucho rato, sino que pronto acudió a llamar a los dos hermanos, a quienes dijo:

—No necesitáis apresuraros, pues ya ha muerto.

Pero ellos respondieron al llamado^[1a], presurosos; el mayor, con su ropa interior de seda toda arrugada y los cabellos en desorden, y dirigiéndose inmediatamente al cuarto de su padre. Allí estaba como lo dejara Flor de Peral, y los dos hijos le miraron como si jamás le hubieran visto, co-

mo sí le temiesen. En seguida dijo el mayor, en un murmullo, como si hubiese algún extraño en la habitación:

—¿Tuvo una muerte tranquila o murió con dificultad?

Y Flor de Peral respondió, con su quieta voz:

—Murió sin darse cuenta.

Y el hijo segundo:

—No parece sino que durmiera, en vez de estar muerto.

Una vez que los dos hijos hubieron mirado a su padre por un rato, pareció invadirles un temor vago y confuso, viéndole yacer tan indefenso bajo sus miradas, y Flor de Peral, adivinándolo, dijo con suavidad:

—Queda tanto que hacer por él todavía.

Los dos hombres, sobresaltados, se alegraron de que se les recordaran nuevamente las cosas de la vida. El mayor arregló su túnica apresuradamente, se pasó la mano por el rostro y dijo con voz ronca:

—Cierto, cierto; debemos preocuparnos de sus funerales.

Y de prisa salieron, satisfechos de dejar esa casa en que su padre yacía muerto.

II

PUES bien: antes de morir, Wang Lung ordenó un día a sus hijos que se dejara su cadáver, dentro del ataúd, en la casa de barro, hasta ser enterrado en su suelo. Pero cuando sus hijos llegaron a este punto en los preparativos del funeral, les pareció en extremo fastidioso el ir y venir tan lejos de su casa en la ciudad, y al pensar en los cuarenta y nueve días que habrían de pasar antes del entierro, resolvieron que no podían obedecer a su difunto padre. Y a la verdad, esto les creaba toda suerte de dificultades; pues quejábanse los sacerdotes del templo de ir tan lejos a cantar, y hasta los hombres llamados para lavar el cuerpo de Wang Lung, vestirlo con sus atavíos de seda, encerrarle dentro del ataúd y sellar éste, pidieron doble precio; tanto que Wang el Segundo quedó horrorizado.

Ambos hermanos se miraron entonces por encima del ataúd en que yacía el anciano y el mismo pensamiento cruzó por la mente de los dos: que el difunto no hablaría. Así, pues, llamaron a los inquilinos, ordenándoles conducir a Wang Lung a los aposentos que fueron suyos en la casa de la ciudad; y Flor de Peral, aun cuando trató de oponerse, nada logró conseguir. Viendo que sus palabras eran inútiles, dijo, sosegadamente:

—No creí que la pobre tonta y yo volveríamos jamás a esa casa de la ciudad; pero si él va, debemos acompañarle.

Y cogiendo a la tonta, que era la hija mayor de Wang Lung, mujer ya de edad y, sin embargo, la misma criatura idiota de siempre, siguieron ambas tras el féretro de Wang

Lung por el camino. La tonta no cesó de reír, porque el día era de primavera, hermoso y tibio, y el sol brillaba tanto.

Así retornó una vez más Flor de Peral al recinto en que otrora viviera con Wang Lung, y fue allí donde la condujo éste cierto día, cuando, a pesar de su edad, su sangre corría robusta y libremente y se hallaba solo en la gran casa. Pero los aposentos se hallaban ahora en silencio y en toda la vasta mansión colgaban rotos los signos de papel rojo, para señalar así la presencia de la muerte. También en señal del duelo habíase pegado papel blanco sobre las grandes verjas que daban a la calle. Y Flor de Peral vivía y dormía junto al muerto.

Un día, mientras aguardaba de esta guisa junto al féretro de Wang Lung, una sirvienta llegóse a la puerta del recinto. Por su mediación, Loto, la primera concubina del anciano, avisaba que vendría a presentar sus respetos a su difunto amo. Era deber de Flor de Peral responder con palabras corteses y así lo hizo, bien que odiara a Loto, antigua señora suya, y levantándose a mover aquí y allá los cirios que ardían en derredor del ataúd, aguardó.

Por primera vez veía Flor de Peral a Loto desde aquel día en que ésta supo la decisión de Wang Lung y le mandó decir que era su deseo no ver más a Flor de Peral, pues le irritaba que hubiera llevado a sus aposentos a una muchacha que había sido esclava de la concubina desde la niñez. Tan celosa y enfadada estaba, que fingió en adelante no saber si Flor de Peral había muerto o si vivía. Pero era curiosa, en verdad, y, muerto Wang Lung, dijo a Cucú^[2], su servidora:

—Ya que ha muerto el anciano, no hay entre ella y yo motivo de disputa. Iré a ver cómo está.

Y llena de curiosidad salió de sus habitaciones, apoyada en sus esclavas, lo bastante temprano para que hubieran llegado a cantar los sacerdotes.

Entró a la habitación donde aguardaba Flor de Peral; llevaba consigo, por decencia, bujías e incienso, y ordenó a

una de sus esclavas que los encendiera ante el ataúd. Pero, mientras la esclava ponía manos a la obra, Loto no pudo apartar la vista de Flor de Peral, contemplándola ávidamente para percibir su cambio y la edad que representaba. Sí; aun cuando Loto llevaba los blancos zapatos del duelo en sus pies y vestiduras de luto, su rostro no se hallaba enlutado, y gritó a Flor de Peral:

—No has cambiado: eres la misma mujer pálida e insignificante de siempre y, en verdad, no sabría decir qué vio él en ti...

Y el que Flor de Peral fuera tan pequeña, descolorida y falta de audaz belleza le agradó muchísimo.

Flor de Peral permaneció junto al féretro, inclinada la cabeza y en silencio; pero tal era el aborrecimiento que llenaba su corazón, que se asustó y se humilló al darse cuenta de que podía ser tan malvada y odiar así a su antigua ama. Pero Loto no era de las que podían mantener fija su errabunda mente ni siquiera en el odio, y, después de haber contemplado a Flor de Peral, murmuró, volviendo la vista hacia el ataúd:

—¡Buen montón de plata habrán pagado sus hijos por eso!

Y se levantó pesadamente a tocar la madera para evaluarla.

Pero Flor de Peral no pudo soportar su vil contacto sobre el objeto que cuidaba con tanta ternura, y gritó, súbita y bruscamente:

—¡No lo toques! —llevando las pequeñas manos empuñadas a su pecho y mordiéndose el labio inferior.

Ante esto, Loto rió, exclamando:

—¡Vaya! ¿Todavía guardas esos sentimientos hacía él?

Y volvió a reír con fácil sarcasmo. En seguida se sentó a observar cómo las bujías ardían y chisporroteaban. Como se cansara pronto de esto, se levantó dispuesta a marcharse. Empero, al mirar en todas direcciones, movida por la

curiosidad, vio a la pobre tonta sentada allí, en un sitio que iluminaba el sol, y exclamó:

—¡Cómo! ¿Vive aún eso?

Al oír estas palabras, Flor de Peral acudió junto a la tonta, y su aborrecimiento fue tal que apenas podía soportarlo. Justo con marcharse Loto, buscó un paño con el que frotó una y otra vez el ataúd en el sitio donde Loto pusiera su mano, y dio un pastelillo a la tonta, que ésta recibió alegremente, ya que era un obsequio inesperado, y que devoró entre exclamaciones de alegría. Flor de Peral la observó tristemente por un instante, diciendo, al fin:

—Eres lo único que me resta del único ser que fue bondadoso para conmigo o que vio en mí algo más que una esclava.

Pero la tonta no hizo sino continuar comiendo, pues ni hablaba ni comprendía cosa alguna de lo que le decían.

De este modo pasó Flor de Peral los días que faltaban hasta el funeral, durante los cuales reinó el silencio en los aposentos, a excepción de las horas en que cantaban los sacerdotes, pues ni los hijos de Wang Lung se acercaban a su cadáver si no era para cumplir con algún deber. Todos los habitantes de esa casa se encontraban algo inquietos y temerosos de los espíritus terrenos que posee un difunto, y Wang Lung había sido un hombre asaz fuerte y vigoroso, no siendo de esperar que esos siete espíritus lo abandonasen tan fácilmente. Y no lo abandonaron, pues la casa parecía llena de ruidos extraños, nunca oídos, y las sirvientas quejábanse de que vientos helados soplaban sobre ellas durante la noche, alborotándoles el cabello, o de que escucharon traviesos tamborileos en sus celosías, o de que un tiesto fue derribado de manos de una cocinera o un jarro de manos de una esclava, cuando se aprestaba a servir.

Cuando los hijos y sus esposas supieron estos comentarios, fingieron burlarse de tal necedad e ignorancia, pero no estaban tampoco a sus anchas, y como Loto oyera también las habladurías, exclamó:

—¡Siempre fue un viejo testarudo!

Pero Cucú replicó:

—¡Deja que los muertos hagan su voluntad y habla bien de ellos hasta que estén bajo tierra!

Sólo Flor de Peral no temía y continuaba viviendo con Wang Lung, muerto, como lo hiciera durante su vida. Sólo al ver llegar a los sacerdotes de amarillas túnicas se levantó y pasó a su cuarto, donde sentada se puso a escuchar los cánticos fúnebres y el lento toque de los tambores.

Poco a poco fueron quedando libres los siete espíritus terrenos del muerto y cada séptimo día el sacerdote principal se presentaba ante los hijos de Wang Lung, diciendo:

—Ha salido de él otro espíritu.

Y los hijos le recompensaban una y otra vez con plata.

Así pasó el tiempo, siete veces siete días, y se hizo más cercano el designado para el funeral.

* * * *

Ya la ciudad entera conocía la fecha indicada por el sacerdote para el funeral de hombre tan importante como Wang Lung, y ese día —tocando ya a su fin la primavera y cercano el estío— las madres hicieron apresurarse a sus hijos en la comida matinal, a fin de que no se entretuviesen y perdieran un solo detalle de todo lo que iba a verse. Los hombres, en sus campos, dieron fin a la labranza por el día, y, en las tiendas, los aprendices deliberaron acerca del mejor modo de ver pasar la procesión de este funeral. Todos, en efecto, en la comarca, conocían a Wang Lung y sabían que, siendo otrora un hombre pobre, un labrador como cualquiera, se había enriquecido, fundado una casa y dejado a sus hijos ricos. Los pobres ansiaban presenciar el funeral, pues era motivo de reflexión el que un hombre tan pobre como ellos hubiese muerto rico, y lo era también de secreta esperanza. Los ricos deseaban ver el espectáculo sabiendo que los hijos de Wang Lung heredaban una fortuna y que, por consiguiente, todos los opulentos debían presentar sus respetos al gran difunto.

Pero en la casa de Wang Lung reinaban el alboroto y la confusión, ya que no es cosa fácil preparar un funeral tan grande, y Wang el Mayor se hallaba aturdido con todo lo que debía hacer, pues, siendo el jefe de la casa, era su obligación preverlo todo, encargarse de centenares de personas, de que todos tuvieran luto adecuado a su condición y alquilar las sillas para las damas y los niños. Aturdido estaba y, sin embargo, a la vez orgulloso de su importancia, de que todos acudiesen a él preguntando a voces qué debían hacer en éste y este otro caso. Tanta era su agitación, que el sudor le corría por la cara como si fuera pleno verano. Como sus ojos inquietos cayeran sobre su segundo hermano, que se mantenía en calma, su serenidad irritó a Wang el Mayor, quien gritó:

—¡Todo lo dejas en mis manos y ni siquiera eres capaz de cuidar de que tu mujer y tus hijos se vistan y aparezcan con semblante grave!

A esto, Wang el Segundo replicó con secreta burla y muy suavemente:

—¿Cómo podemos hacer algo, sí sólo te complace aquello que haces tú mismo? Bien sabemos yo y mi esposa que únicamente así quedaréis satisfechos tú y la madre de tus hijos, y es nuestro deseo complacerlos ante todo.

Así, hasta en el funeral de Wang Lung sus hijos riñeron. Con todo, esto se debía en parte a que ambos se hallaban preocupados por la ausencia del tercer hermano y cada cual culpaba al otro por su tardanza: pensaba el mayor que su hermano segundo no había dado al mensajero el dinero suficiente para un viaje tal vez largo; y el segundo achacaba la demora a que el mensajero había partido con uno o dos días de retraso.

No había más que un ser tranquilo ese día en la gran casa, y era Flor de Peral. El grado de luto de sus atavíos era sólo menor al de los de Loto y estaba sentada, inmóvil, aguardando junto a Wang Lung. Habíase levantado temprano, vistiendo también de luto a la tonta, aun cuando es-